

JOSÉ L. GÓMEZ DEL PRADO

Grandes Lagos: del genocidio ruandés a los conflictos en el Congo

La ONU ha ido dejando de ser una organización comprometida en prevenir conflictos armados, objetivo supremo para la que fue fundada, para convertirse en una agencia humanitaria que aplica los principios de la política de mundialización. Las operaciones humanitarias tratan de aliviar las catástrofes provocadas por el hombre en sus conflictos armados, no de prevenirlos. En el siglo XXI se carece de una política internacional coherente y eficaz de prevención de conflictos. A raíz de los acuerdos de Lusaka de 1999 entre los beligerantes que combaten en el Congo, el Consejo de Seguridad autorizó el despliegue de 5.500 militares en varias fases. La operación de paz de la ONU podría alcanzar de 20.000 a 50.000 cascos azules. Sin embargo, las innumerables violaciones al alto el fuego no habían hecho posible su aplicación. El asesinato de Kabila, en enero de 2001, y la ascensión al poder de su hijo parecen haber desbloqueado las negociaciones de paz y abierto una nueva dinámica. Paralelamente el Consejo de Seguridad y la Asamblea General aprobaban el informe del Secretario General relativo a la paz y la seguridad.¹ Esas iniciativas han llevado al autor de este artículo a reflexionar sobre la prevención de conflictos y la intervención del Consejo de Seguridad en relación con la región de los Grandes Lagos de África, donde tuvo responsabilidades de 1994 a 1998 como Alto funcionario de la ONU.

¹ En el informe Brahimi destacan las siguientes premisas: (i) La responsabilidad de los Estados Miembros en mantener la paz y la seguridad internacionales y la necesidad de fortalecer la ONU; (ii) La necesidad de que el Consejo de Seguridad adopte mandatos claros, creíbles y con recursos adecuados; (iii) La necesidad de que las

José L. Gómez del Prado es ex funcionario de la Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos

El informe Brahimi intenta contrarrestar la desconfianza de la opinión pública en la ONU a raíz de los desastres de varias misiones de paz, entre ellas la de Ruanda. Asimismo, la situación en Sierra Leona y la aterradora perspectiva de la misión en el Congo reclaman un mayor compromiso político de los Estados Miembros, una mejor definición de los mandatos así como cambios estructurales relativos al despliegue y la gestión de las misiones de paz.

La caótica situación de la región

Parafraseando a Joseph Conrad, la región de los Grandes Lagos continúa siendo “el corazón de las tinieblas”. Guerras anárquicas oponen señores de la guerra que luchan por la explotación y el comercio ilícito de las riquezas minerales, el poder, el territorio o simplemente por sobrevivir. Los Estados de la región luchan por ocupar un “hinterland” que consideran indispensable para su seguridad. Ninguno desea la paz e innumerables son las violaciones al alto el fuego de los Acuerdos de Lusaka de 1999. Seis países extranjeros y unos doce grupos armados participan en los nueve conflictos de la región:²

- Gobierno de Kabila, con apoyo de Angola, Sudáfrica, Namibia y Zimbabwe contra la oposición congoleña armada. Rebeldes RCD y MLC apoyados por Ruanda, Burundi y Uganda.
- Gobierno de Ruanda contra milicias Hutus del Interhamwe y ex ejército ruandés.
- Gobierno de Burundi contra rebeldes hutus burundeses (FDD).
- Gobierno de Angola de Dos Santos contra la UNITA de Savimbi.
- Gobierno Congo Brazaville (milicias Cobras del presidente) contra milicias Ninjas del ex-primer ministro.
- Gobierno de Uganda contra diferentes grupos ugandeses de oposición armada.
- Gobierno de Sudán contra diferentes grupos sudaneses de oposición armada.
- Gobierno de Ruanda contra Gobierno de Uganda.
- Conflictos tribales entre autóctonos congoleños.

Algunos de estos conflictos, como el que opone las facciones de Angola y las hostilidades en el Congo- Brazaville, son la prolongación de conflictos

actividades del sistema de las Naciones Unidas se polaricen en la prevención de conflictos; (iv) Una colecta de datos y una evaluación más eficaz de la información por la Secretaría en la Sede de la ONU, así como un sistema de alerta temprana apto para detectar e identificar las amenazas de un conflicto o de genocidio; (v) La necesidad de que el sistema de las Naciones Unidas adhiera a las normas de derechos humanos y promueva en todas sus actividades y operaciones de paz y seguridad las normas de los instrumentos de derechos humanos así como las del derecho internacional humanitario; (vi) La necesidad de integrar en la ONU una capacidad que pueda contribuir eficaz y de manera coherente a la construcción de la paz en sus dos vertientes preventiva y de postconflicto; (vii) La necesidad de que la Secretaría en Nueva York mejore eficazmente la planificación de las operaciones de paz.

² Naciones Unidas, doc. E/CN.4/2000/42, de 18 de enero de 2000.

anteriores. Otros tienen su origen en agosto de 1998, cuando Kabila (ex-compañero de Lumumba y del Che) expulsara a sus aliados tutsis del Congo. El primer conflicto del Congo, que se internacionalizaría rápidamente, surgió con la descolonización en 1960. La intervención de Estados Unidos y Bélgica llevaría a la primera operación de paz de Naciones Unidas; al accidente o atentado mortal de su Secretario General, Dag Hammarskjöld; a la primera desestabilización de la región; y a la dictadura de Mobutu, apoyada por los Gobiernos occidentales dentro del contexto de la Guerra Fría. La desestabilización continuaría con las matanzas cíclicas de hutus y de tutsis en Ruanda y Burundi. Angola está en guerra civil permanente entre el presidente Dos Santos y el jefe de la UNITA, Savimbi. Asimismo, está la lucha por el control de la explotación del petróleo en el Congo-Brazaville.

El Congo, con su posición geopolítica y su potencial de minerales estratégicos, constituyó una de las zonas defensivas en las ex-colonias europeas de África contra la penetración comunista. Zonas inestables entre los 60 y los 90 que se desmoronaron con la caída de la Unión Soviética. La Guerra Fría había evitado que se incendiara toda la región. El derrumbamiento de Zaire, Ruanda y Burundi coincidió con las campañas de democratización de Mitterrand, gran amigo de los dictadores de esos tres países. A las Naciones Unidas le correspondió rellenar el vacío dejado por el hundimiento de la URSS y el abandono de las potencias coloniales. Las intervenciones de la ONU fueron en general tardías y empleando escasos recursos.

África había sido la zona de influencia de una política francesa anticuada y poco adaptada a la realidad. Ante el genocidio ruandés, el Gobierno francés reaccionó como venía haciendolo frente a las crisis de Zaire en 1991-1993. Intervenciones que se limitaban a evacuar a los nacionales occidentales de Kinshasa. En 1997, ante la sublevación y la marcha de Kabila y de los rebeldes zaireños contra Mobutu, la lectura francesa de la situación resultó desfasada. El Gobierno francés y la comunidad internacional habían reaccionado tarde a la descomposición de los regímenes de la región. Ni se apoyó a la sociedad civil en Zaire, ni a la Conferencia soberana de 1991, ni se presionó lo suficientemente para hacer caer a los dictadores amigos de Mitterrand. Los políticos de la región también tienen su parte de responsabilidad al no apoyar una conferencia regional, propuesta por la ONU, para discutir globalmente la situación. Frente a esa falta de visión, en la brecha, los intereses anglo-americanos listos a extender su influencia en África más allá de los límites impuestos por el Congreso de Berlín y la Guerra Fría. La ayuda militar de Estados Unidos y Gran Bretaña al Frente Patriótico Ruandés (FRP) del General Kagame, artífice de la victoria tutsi, así como la ayuda a los rebeldes zaireños de Kabila en contra de Mobutu, iban en esa dirección.

Geopolítica de la región

Ruanda y Burundi tienen unos 25.000 km. Reinos independientes hasta finales del siglo XIX habían permanecido aislados y opuestos al tráfico de esclavos, constituyendo la última región de África colonizada por los europeos. Países agrícolas sin grandes recursos naturales pero densamente poblados (7 y 6 millones de habitan-

*El Gobierno
francés y la
comunidad
internacional
habían
reaccionado
tarde a la
descomposi-
ción de los
regímenes de
la región*

tes respectivamente) por tres grupos étnicos en una misma proporción: pigmeos (1%); hutus (80-85%); y tutsis (10-14%). Todos ellos católicos, hablan prácticamente el mismo idioma (kinyarwanda/kirundi). Esa igualdad entre los dos grupos principales podría explicar la violencia de los conflictos étnicos que ocultan una lucha encarnizada por ocupar los puestos en el ejército, la administración y el Gobierno que dan acceso al poder y mejoran la posición económico-social.

Al lado un continente del tamaño de Europa Occidental: el Congo (2.3 millones de km) y poco poblado (46 millones de habitantes). De una riqueza minera, agrícola e hidráulica enorme. Los expertos lo han denominado “escandalo geológico”: rico en oro, diamantes, uranio, cobre, cobalto, zinc, estaño, etc...; “escandalo agrícola” (algunas regiones pueden dar fácilmente tres cosechas al año) y “escandalo hidráulico” (el río Congo y sus afluentes contienen el 50% de la capacidad del agua disponible en toda África y el 13% de la capacidad mundial). Contrariamente a sus vecinos, el Congo tiene más de 400 tribus y un sinnúmero de lenguas.

Ruanda y Burundi han constituido el confín de los imperios coloniales europeos, establecido por el Congreso de Berlín de 1885. El imperio alemán colindaba, por una parte, con las colonias del imperio británico, al nordeste, y con la colonia del ex-Congo belga al oeste. En esa región, el imperio portugués tenía las importantes colonias de Angola y Mozambique. Tras la derrota de Alemania en 1919, sus colonias africanas pasaron a Francia, Gran Bretaña y Bélgica (Ruanda y Burundi). Entre esos dos países y la región oriental del Congo se operó una osmosis acompañada por transmigraciones de agricultores hutus y ganaderos tutsis que se asentaron en el Kivu, y que funcionaba como una válvula de escape en casos de densidad demográfica elevada. Esos grupos jugarían un papel transcendental en los conflictos étnicos de 1990 a 1997 causados por la guerra ruandesa y la llegada de más de un millón de refugiados a Zaire. Los jóvenes tutsis (banyamulenges) del sur del Kivu lucharían al lado del FPR. Los hutus del norte del Kivu ayudarían a los refugiados hutus cuando Mobutu decidió expulsarlos en 1995.

Colonización belga: las semillas de la discordia

Las secuelas de la colonización belga son un ingrediente del odio racial existente en la región. Las escenas, en “Apocalipsis Now”, de los aventureros estadounidenses en la jungla cortando cabezas de autóctonos y clavándolas en estacas a lo largo del río, están basadas en la novela de Conrad sobre la colonización belga del Congo. Algunos expertos estiman que los belgas cometieron un genocidio en ese país³. Si eso es difícil de probar, lo que es indudable es que los sacerdotes católicos y los colonizadores plantaron las semillas racistas en Ruanda y Burundi, con conceptos “pseudo científicos” e imponiendo la mención étnica en los carnés de identidad, lo que permitiría a los verdugos identificar a las víctimas. Semillas de discordia que han producido matanzas cíclicas hasta el genocidio de 1994.

³ “King Leopold’s Ghost”, de Adam Hochschild, citado por Mario Vargas Llosas en *El País*, 10 diciembre de 2000.

El genocidio de 1994 (6 abril - 15 julio)

Si la región ha estado inestable desde los 60, la dinámica desestabilizadora se precipitó con el intento de golpe de Estado en Burundi por los militares tutsis de 1993 y el asesinato del presidente electo M. Ndadaye, de origen hutu. Siguieron matanzas de hutus y de tutsis burundeses que agravaron una situación ya frágil de por sí. Cientos de miles de hutus burundeses huían hacia los países vecinos: 370.000 se refugiaron en el sur de Ruanda.

Los acuerdos de Arusha (1993), entre el Gobierno ruandés (hutu) y el FPR (tutsi) preveían un Gobierno de unidad nacional y el fin del conflicto armado a condición de que se desplegara una fuerza internacional en el terreno. Unos 1200 militares y funcionarios de la Misión de Naciones Unidas de Asistencia a Ruanda (MINUAR) se encontraban en Ruanda en diciembre de 1993. El 6 de abril de 1994, tras el atentado que derribaba en Kigali el avión del Presidente de Ruanda, la Guardia Presidencial cometió matanzas seguidas en todo el país. El FPR, estacionado en Kigali de conformidad con los Acuerdos, entablaba combate con la Guardia Presidencial. Al mismo tiempo, tropas del FRP en el norte del país avanzaban hacia Kigali. El ejército y las milicias hutus anunciaban que las matanzas no cesarían hasta que las tropas del FPR se retiraran.

MINUAR contaba con 2.500 hombres, pero no recibiría la orden de intervenir. Sólo el Consejo de Seguridad podía cambiar su mandato. El 7 de abril fueron asesinados la primera ministra (una hutu moderada) y diez cascos azules belgas. La reacción de la comunidad internacional que, a través de los reportajes de televisión, asistía en directo al genocidio ruandés se limitó al envío de tropas de elite francesas y belgas para repatriar a los extranjeros. El Gobierno belga decidía retirar su contingente de la MINUAR. El 21 de abril, el Consejo de Seguridad daba carta blanca a los genocidas ruandeses al decidir no dejar más que 400 cascos azules. La eficiente maquinaria asesina hutu ya no encontró obstáculo alguno para su macabro plan. Se calcula que en unas doce semanas, las milicias hutus Interhamwe y el ejército asesinaron a unos 800.000 tutsis y hutus moderados. Las matanzas, en su mayoría, se hicieron con machetes, hachas y lanzas. El rendimiento sobrepasó en eficacia al sistema de los campos de exterminación nazis. Se organizaban las matanzas con horarios fijos que realizaban como "una faena". Empezaban de mañana temprano, con pose a mediodía y recomenzaban después de almorzar. Al anochecer regresaban a sus casas.

Radio Mil Colinas había difundido la propaganda racista y los planes de las milicias hutus, bien conocidos por las embajadas occidentales. Asimismo, la comunidad internacional estaba informada por documentos de lo que se avecinaba. Una Comisión Internacional de Investigación, formada por cuatro organizaciones de derechos humanos, había visitado Ruanda en enero de 1993, y señalado lo que estaban ocurriendo en ese país. Naciones Unidas había examinado, en enero-marzo de 1994, el informe del Relator Especial de la ONU sobre ejecuciones sumarias⁴ que señalaba lo siguiente en relación con lo previsto en la Convención de Naciones Unidas contra el Genocidio en la que Ruanda era parte: "Surge claramente de los casos de violencia intercomunitaria que se han señalado a la atención del Relator

⁴ Naciones Unidas, doc. E/CN.4/1994/7 Add.1).

Se sabe con certeza que un mensaje claro del Consejo de Seguridad hubiera podido acabar con las matanzas

Especial que las víctimas, en su mayoría tutsi, han sido blanco de ataques únicamente por su origen étnico sin que medie ninguna otra razón objetiva. Por ende, podría considerarse que se aplican a los casos antes citados los apartados a) y b) del artículo II de la Convención.⁵ El mensaje no podía ser más claro.

La Secretaría hubiera debido señalar de manera más apremiante al Consejo de Seguridad lo que estaba ocurriendo en Ruanda. Ello no resta al Consejo de ser responsable por no haber cambiado el mandato mientras se estaba perpetrando el genocidio a pesar de estar informado⁶ y de habersele sometido una opción que hubiera podido parar las matanzas. Ante la negativa de un alto el fuego, el 20 de abril, el Secretario General presentaba al Consejo una opción en la que se fortalecía masivamente MINUAR y se pasaba su mandato al Capítulo VII de la Carta para equiparla adecuadamente y autorizarla a hacer uso de la fuerza para coaccionar a los beligerantes a un alto el fuego, a la restauración del orden y a parar las matanzas. El Consejo de Seguridad optó por repatriar a los cascos azules y dejar sólo 400 funcionarios en Ruanda. La inacción del Consejo de Seguridad, influenciada por el síndrome somalí, no justifica la no decisión del Consejo sobre todo cuando se sabe con certeza que un mensaje claro del Consejo de Seguridad hubiera podido acabar con las matanzas. El ejército ruandés no era ni mucho menos el de Milosevic.

Sólo la victoria del FPR en julio de 1994 y la operación humanitaria (operación turquesa) de Francia pondrían un termino a las matanzas. La operación humanitaria favorecería la huida de buen número de militares y miembros de los “escuadrones de la muerte” al Zaire. Cientos de miles de hutus se instalarían en campamentos de refugiados en Zaire y Tanzania. En Kivu, parte oriental de Zaire, se aglutinarían más de un millón doscientos mil refugiado. Los campamentos agrupaban poblaciones entre 100.000 y 300.000 habitantes. Durante las primeras semanas la situación sanitaria fue caótica. Se produjo una verdadera movilización internacional para ayudar a esos refugiados. Pronto los campamentos de refugiados hutus en la frontera con Ruanda y Burundi serían controlados por las milicias. Parte de la ayuda internacional serviría para armar a los militares y milicias. Los campamentos de refugiados se convertirían en verdaderos santuarios desde los cuales se lanzarían operaciones de incursión en Ruanda.

Limpieza étnica en Burundi

La inestabilidad en Burundi causada por el golpe de Estado tutsi en julio de 1995, seguido de la limpieza étnica de Bujumbura y el desplazamiento de cientos de miles de hutus a Zaire, desestabilizaría aún más la región. El Relator Especial de la ONU sobre ejecuciones sumarias señalaba⁷ que la “limpieza étnica” agravaba el

⁵ Los apartados del artículo II a los que se hace referencia establecen que: “En la presente Convención, se entiende por genocidio cualquiera de los actos mencionados a continuación, perpetrados con la intención de destruir, total o parcialmente, a un grupo nacional, étnico, racial o religioso como tal: a) matanza de miembros del grupo; b) lesión grave a la integridad física o mental de los miembros del grupo;.....”

⁶ Naciones Unidas, doc. S/1994/470, de 20 de abril de 1994.

⁷ Naciones Unidas, doc. E/CN.4/1996/4/Add.1.

clima de terror e inseguridad y había transformado Bujumbura en una ciudad monoétnica. El Secretario General preveía una intervención humanitaria y una fuerza militar que, de materializarse, hubieran podido alcanzar 25.000 militares, impedir nuevas masacres y dar protección a la población civil.⁸

Banyamulenges y la sublevación de Kabila

El 1,2 millón de refugiados hutus ruandeses en Kivu constituía el principal elemento de inseguridad. Se estima que más de 50.000 genocidas hutus que vivían en el Kivu estaban armados y operaban en Ruanda a partir de los campamentos. Aviones aterrizaban regularmente en Goma transportando armas que se introducían en los campamentos. En agosto de 1995, alegando que el Consejo de Seguridad había suspendido el embargo de armas a Ruanda, el Gobierno decidía que si no se procedía a la repatriación o al asentamiento en un tercer país, el 31 de diciembre de 1995, se expulsaría a los refugiados que permanecieran en Zaire pues representaban un “peligro para la seguridad del país”.

Ruanda rehusaba acoger a los refugiados que consideraba como genocidas. No había terceros países dispuestos a recibir a más de un millón de refugiados. A raíz de la decisión del Gobierno miles de refugiados hutus abandonaron los campamentos creando todavía más inseguridad. Se calcula que en unas semanas hubieron más de mil asesinatos y más de 100.000 personas desplazadas en el Nord Kivu. Se perseguía y se expoliaba a la población zaireña de origen tutsi “banyaruanda”, establecida en la región hacia más de un siglo. Y finalmente, con la complicidad del ejército zaireño, se expulsó a esa población indefensa a Ruanda.

En el Sud Kivu existía también una población zaireña de origen tutsi de unos 400.000 “banyamulenges” establecida en el siglo XVIII. Los jóvenes banyamulenges habían combatido en Ruanda y adquirido un entrenamiento militar del que carecían los banyaruandas del Nord Kivu. Ante las amenazas de las tribus locales que les querían echar de sus tierras aprovechando el desorden reinante, los banyamulenges se armaron y se dispusieron a luchar. El Relator Especial de la ONU sobre el Zaire consciente⁹ de que un conflicto generalizado podría desestabilizar toda la región recomendó a la comunidad internacional: “Debe reiterarse la necesidad de una diplomacia activa y preventiva tendente a evitar que en el Zaire se vivan los horrores ocurridos en Ruanda y Burundi”. Inquietudes compartidas por los Relatores de Ruanda, Burundi y el Relator sobre ejecuciones sumarias.¹⁰

Para dismantelar la espiral de violencia en el Kivu y separar a los genocidas de la población de refugiados ruandeses, el Secretario General propuso en 1996 un plan que consistía en alojar a los genocidas hutus en cuarteles bajo vigilancia del ejército zaireño, a cientos de kilómetros de la frontera. El Consejo de Seguridad no creyó útil dicho plan. En octubre de 1996, el ejército ruandés y los estrategas militares ugandeses, con apoyo de Estados Unidos, ponían a Kabila al mando

⁸ Naciones Unidas, doc. S/1996/116, de 15 de febrero de 1996.

⁹ Naciones Unidas, doc. E/CN.4/1995/67.

¹⁰ Naciones Unidas, docs. E/CN.4/1996/4/Add.1 y E/CN.4/1996/16.

de la sublevación de los banyamulenges contra Mobutu. El general Kagame no hizo sino poner a ejecución lo que, de manera civilizada, proponía el Secretario General al Consejo de Seguridad: separar los genocidas hutus (milicias Interhamwe y militares ex-FAR), infiltrados en los campamentos de los refugiados. La primera operación del ejército de Kabila y sus aliados tutsis consistió en dismantelar los campamentos en el Kivu desde donde operaban las milicias. Unos 700.000 refugiados (los que tenían menos a las represalias) regresaron a Ruanda. Esa era la opción más fácil, pues sólo tenían que andar unos cientos de metros. Alrededor de medio millón huyeron a través del Congo perseguidos por el ejército de Kabila. Paradójicamente, esos mismos hutus son actualmente aliados del ejército de Kabila.

¿Qué hizo la comunidad internacional ante ese nuevo desastre humanitario ruandés? A iniciativa de Francia, Canadá y España, el Consejo de Seguridad propuso¹¹ que se desplegara una fuerza multinacional para facilitar el retorno de organizaciones humanitarias en la zona y el suministro de socorro humanitario a los refugiados, desplazados y la población civil en peligro. Los beligerantes se negaron. La iniciativa quedó paralizada, tanto más que en enero de 1997, en plena campaña militar en Zaire, un misionero canadiense era asesinado en Ruanda. Unos días después dos funcionarios de Médicos del Mundo eran a su vez asesinados en Ruanda. Cinco funcionarios del Alto Comisionado de la ONU para los Derechos Humanos perecían salvajemente en Cyangugu el 4 de febrero de 1997. La presencia internacional en la región no estaba bien vista. Nunca se han elucidado esos crímenes. Contra todos los pronósticos de los servicios de inteligencia franceses, Kabila y sus aliados, llegaron en menos de nueve meses a Kinshasa, recorriendo unos 2.000 km, en un país sin infraestructura ni carreteras y sin encontrar resistencia. En mayo de 1997, Mobutu era derrocado. Kabila se autoproclamaba jefe de Estado y, llevado por sus reminiscencias anti-colonialistas del tiempo de Lumumba, cambiaba el nombre del país.

El primer Gobierno de Kabila fue una Alianza (AFDL-Alianza de las Fuerzas Democráticas de Liberación del Congo-Zaire), favorable a Estados Unidos y violentamente antifrancesa. La facción de congoleños tutsi que contaba con el apoyo de Ruanda, Uganda, Burundi y Estados Unidos determinaría la política de Kabila en los primeros meses. A medida que se hacía con el poder, con el apoyo de los "niños soldados" (kadogos) reclutados en su marcha a través del Congo, se deshacía de los congoleños tutsis. En agosto de 1998 se produjeron dos sublevaciones armadas en el este del país apoyadas por los Gobiernos tutsis de Ruanda, Uganda y Burundi y por los mobutistas del régimen anterior. Los rebeldes conquistaron rápidamente la mitad del país y de no ser por la intervención de tropas enviadas por Namibia, Angola y Zimbabue, el Gobierno de Kabila se hubiera tenido que rendir.

Desde entonces, el conflicto del Congo no sólo se ha internacionalizado sino que se ha ido fraccionando. El vasto territorio del Congo se ha ido convirtiendo en el teatro de operaciones de múltiples ejércitos y guerrillas que se combaten entre

¹¹ Naciones Unidas, resolución 1080 (1996) del Consejo de Seguridad, de 15 de noviembre de 1996.

sí y que pillan las inmensas riquezas del Congo. El 16 de enero del 2001, Kabila era asesinado por uno de sus propios “kadosos” (niños soldados),¹² instrumento, probablemente, de un complot más amplio de actores interesados en desbloquear las negociaciones de paz que Kabila obstruía. Su asesinato ha relanzado las negociaciones de paz. Su hijo, José Kabila, que tomó el poder inmediatamente, visitó París, Bruselas y Washington con miras a poner en marcha las negociaciones de paz. El 1 de febrero se entrevistaba con el Secretario General en Nueva York. El 22 de febrero de 2001, el Consejo de Seguridad aprobaba un plan progresivo de retirada de los seis países y de los rebeldes implicados en el conflicto. El 29 de marzo de 2001, se desplegaba en Goma el primer contingente de tropas armadas de las Naciones Unidas: 110 cascos azules uruguayos, como parte de una tropa de un total de 2.500 hombres para proteger a los 500 observadores militares encargados de verificar la aplicación de un alto el fuego. José Kabila pedía la retirada de todas las tropas extranjeras y grupos rebeldes a 15 km de las posiciones de la línea del frente, en el discurso que pronunciaba, el 30 de marzo de 2001, ante la Comisión de las Naciones Unidas de Derechos Humanos en Ginebra. Esas iniciativas diplomáticas parecen haber encauzado las negociaciones de paz. Sobre todo porque, contrariamente a la política de su padre que no había respetado los contratos firmados en plena guerra de liberación en 1997 con compañías mineras norteamericanas, y aplicaba esquemas económicos neo-comunistas, la política de José Kabila va acompañada al mismo tiempo de medidas de apertura del país a los capitales occidentales y a la economía de mercado.¹³

Observaciones finales

El informe Brahimi insiste en que la Secretaría debe señalar al Consejo de Seguridad lo “que necesita saber y no lo que éste quiere escuchar”. Se debe saludar el que se haga hincapié en la necesidad de que el sistema de las Naciones Unidas se adhiera a las normas de derechos humanos y promueva en todas sus actividades y operaciones de paz y seguridad dichas normas. El Secretario General tendrá más latitud para señalar en sus informes las graves violaciones de derechos humanos. Pero hay que insistir, al mismo tiempo, que en toda crisis grave los Estados Miembros de las Naciones Unidas, y especialmente los miembros permanentes del Consejo de Seguridad, han estado informados de esas situaciones, ya sea por informes de Relatores Especiales de la Comisión de Derechos Humanos (los cuatro miembros permanentes del Consejo de Seguridad, China, Estados Unidos, Francia y Reino Unido, ocupan puestos en la Comisión de Derechos Humanos de la ONU), o por informes del Secretario General. Resultaría muy cómodo para los miembros permanentes del Consejo de Seguridad evadir sus responsabilidades y hacer recaer todo el peso de los fallos del sistema en la Secretaría de la Organización.

Como bien señala el Secretario General “el informe del grupo no se refería a

*El informe
Brahimi
insiste en que
la Secretaría
debe señalar
al Consejo de
Seguridad lo
“que necesita
saber y no
lo que éste
quiere
escuchar”*

¹² Véase el artículo de Felipe Gómez Isa, “Niños soldado: avances en la protección internacional”, *Papeles de Cuestiones Internacionales*, verano de 2001, N° 74.

¹³ Colette Braeckman, “Guerre sans vainqueurs en République démocratique du Congo”, *Le Monde Diplomatique*, abril de 2001.

si las Naciones Unidas debían intervenir o no en determinadas situaciones, sino que versaba exclusivamente en cómo podía la organización mejorar su eficiencia una vez que se hubiera tomado la decisión de llevar a cabo una operación o actividad concreta.”¹⁴ Dentro de ese contexto es patente la ausencia o inacción del Consejo de Seguridad en crisis tan graves como la de Kosovo o la de la región de los Grandes Lagos de África.

Las medidas propuestas por el Secretario General tienden a lograr una mayor eficacia y cohesión del sistema así como un mejor funcionamiento de las operaciones de paz. Sin embargo, la función más esencial de la organización y para la que fue creada, que es preservar a las generaciones venideras de la guerra, no se alcanzará hasta que no se transforme el Consejo de Seguridad, principal y único órgano de la organización que toma decisiones vinculantes, en un sistema más democrático y adaptado a los desafíos del presente siglo.

¹⁴ Informe del Secretario General, Naciones Unidas, doc. A/55/507 para. 4, de 27 de octubre 2000.